

Jan T. Gross

VECINOS

El exterminio de la comunidad
judía de Jedwabne

Prólogo de Jorge M. Reverte



CRÍTICA

JAN T. GROSS

VECINOS

El exterminio de la comunidad judía
de Jedwabne (Polonia)

Prólogo de JORGE M. REVERTE

Traducción castellana de
TEÓFILO DE LOZOYA

CRÍTICA
BARCELONA

Primera edición: 2002

Primera edición en esta nueva presentación: septiembre de 2016

Vecinos. El exterminio de la comunidad judía de Jedwabne (Polonia)

Jan T. Gross

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos)

si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com

o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *Neighbors: The Destruction of the Jewish Community in Jedwabne, Poland*

© 2001 Princeton University Press. Published by arrangement with International Editors Co. and Princeton University Press

© 2002 de la traducción, Teófilo de Lozoya

© 2016 del prólogo, Jorge Martínez Reverte

© Editorial Planeta S. A., 2016

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

editorial@ed-critica.es

www.ed-critica.es

ISBN: 978-84-16771-05-9

Fotocomposición: Víctor Igual

Depósito legal: B. 15.856 - 2016

2016. Impreso y encuadernado en España por Book Print Digital

ÍNDICE

Prólogo, por Jorge M. Reverte	9
Agradecimientos	19
Introducción	21
Nociones generales del episodio	31
Fuentes	38
Antes de la guerra	46
La ocupación soviética, 1939-1941	53
El estallido de la guerra germano-rusa y el pogromo de Radziłów.	63
Preparativos.	78
¿Quién mató a los judíos de Jedwabne?	84
El crimen	93
Robos y saqueos.	104
Biografías íntimas	109
Anacronismo.	118
¿Qué recuerdos tiene la gente?	121
Responsabilidad colectiva	126
Nueva aproximación a las fuentes	131
¿Es posible ser a la vez víctima y verdugo?	135

Colaboracionismo	143
Apoyo social al estalinismo	152
Por una nueva historiografía	155
Epílogo	157
Retratos	159
Documentos y mapas	184
Notas	189
Índice onomástico	233

Antes de la guerra

Jedwabne está situada en la intersección de dos valles fluviales. Los ríos Narew y Biebrza se desbordan cada primavera y la región es célebre por sus pintorescos estanques, llenos de incontables variedades de aves acuáticas y de una vegetación frondosa. En 1979 se estableció en la comarca el parque nacional más extenso de toda Polonia.¹ Pero la población propiamente dicha, al margen de la hermosura de sus alrededores, es bastante fea.

Desde tiempo inmemorial la madera y la paja han sido los materiales de construcción más baratos y más accesibles en esta parte del país, por lo que los incendios han sido siempre una plaga para los habitantes de la comarca. El más devastador de los que perviven en la memoria de la gente consumió casi tres cuartas partes del pueblo en 1916. Tres años antes, cuando todavía no había estallado la primera guerra mundial, se había quemado la sinagoga de Jedwabne, singularmente hermosa, construida en el siglo XVIII en madera.² En el libro escrito en memoria de la judería de Jedwabne, uno de los habitantes de la localidad recordaba muchas décadas des-

pués que cada noche, antes de acostarse, la gente echaba una última mirada hacia el norte, por donde caía la aldea vecina de Radziłów. Y si en el cielo nocturno se veía brillar un ligero resplandor rosa, cargaban sus carretas con todo lo necesario y corrían en ayuda de sus vecinos. Análogamente, los judíos de Radziłów tenían siempre la mirada puesta en Jedwabne. Los incendios eran frecuentes, y los habitantes de las aldeas vecinas, a menudo emparentados entre sí, compartían su suerte y sus recursos limitados.

Jedwabne obtuvo el fuero de ciudad en 1736, aunque para entonces ya hacía por lo menos trescientos años que estaba habitada. Los judíos llegaron a la aldea procedentes de Tykocin (Tiktin) y al principio estuvieron sometidos a la autoridad de la comunidad judía de Tykocin. En 1770, cuando se construyó la hermosa sinagoga de madera de Jedwabne, vivían en el pueblo 387 judíos, y constituían la mayoría de los 450 habitantes del pueblo. Antes de la primera guerra mundial la población de Jedwabne alcanzó su cota más alta, llegando a sumar casi 3.000 habitantes. Poco después, en 1916, su número se redujo a unos 700 debido a la devastación causada por la guerra y a la política emprendida por los rusos, consistente en desplazar de los territorios inmediatamente próximos a la línea del frente a los judíos (considerados sospechosos de simpatizar con las potencias de la Europa central).

Después de la guerra, la mayoría de los deportados regresó y la población empezó a recuperarse. Según el censo de 1931, el número de habitantes de la aldea sumaba un total de 2.167, y más del 60 por 100 de ellos se identificaban como judíos. El resto de la población,

junto con los habitantes de los *gmina* rurales circundantes (entidades administrativas menores), era de etnia polaca.

En 1933 había 144 artesanos registrados oficialmente en Jedwabne, entre ellos 36 sastres y 24 zapateros. Los judíos se ocupaban mayoritariamente en el sector servicios y en el desempeño de diversos oficios, e indudablemente muchos más regentaban algún tipo de comercio, pero eran demasiado pobres para permitirse el pago de una licencia. «En nuestro pueblo —recuerda Tsiporah Rothchild— toda la producción era fruto del esfuerzo de los artesanos, con la ayuda de su familia. Me acuerdo de que hubo un conflicto laboral insólito. Aryeh, hijo de Reb Nachum Moishe Pyontkowski, decidió ponerse en huelga contra su padre. Y cuando Reb Nachum Moishe golpeó al atrevido con un aro de hierro, Aryeh se puso a dar alaridos de dolor y le dijo a su padre: “¡Soy socialista, no quiero hacer horas extra por la noche!”... En Jedwabne había también “sastres de pueblo”, gente que salía a buscar trabajo en otras aldeas.»³

Los comerciantes y artesanos ambulantes viajaban de pueblo en pueblo en busca de un empleo lucrativo durante varios meses seguidos. Cada año debía de haber bastantes diseminados por los caminos. Las comunidades judías de la zona solían ponerse motes unas otras. Por ejemplo, los de Radziłów eran llamados *Radzilower Kozes*, «cabras de Radziłów», apelativo cariñoso, no exento de connotaciones ligeramente humorísticas; los de Łomża eran apodados por sus vecinos *Lomzer Baaloonim*, es decir, los «finolis», los «presumidos» y hasta cierto punto elegantes; los judíos de Kolno eran llamados *Kolner Pekelach-Pekewach*, en el sentido de que soporta-

ban grandes cargas o pesos, y de que les gustaba lamentarse mucho; y por fin los de Jedwabne eran denominados *Jedwabne Krichers*, probablemente porque eran muy entrometidos, estaban siempre de acá para allá, y metían la nariz en los asuntos de los demás.⁴

De joven, el rabino Jacob Baker inició su educación religiosa en la famosa *yeshiva* de Łomża; hasta que abandonó Jedwabne, se dedicó intensamente a sus estudios talmúdicos (*Yeshiva bokher*) y llevó el apellido polaco Piekarz, «panadero» (en inglés *baker*). Recuerda con ternura las relaciones que mantenía con sus vecinos polacos antes de la guerra. Vivía con su madre, su abuela y dos hermanos no lejos de la casa de los Sielawa. Como muchas otras familias del vecindario, los hijos de los Piekarz probablemente sacaran agua del pozo de los Sielawa, que tenía fama de ser particularmente buena. «Una tarde de invierno, a última hora, vi que la hija menor de nuestros vecinos, los Sielawa, daba a Reizele [la abuela de Jacob Baker] una pequeña cantidad de mondas de patatas para alimentar a la vaca, a cambio de la cual recibió un cántaro de leche. Cuando le pregunté el motivo de ese trueque tan poco equitativo, Reizele me respondió: “En vista de las pocas mondas que había, podemos deducir lo poco que tenía la familia para cenar”.»⁵ Un anciano farmacéutico polaco de Jedwabne, entrevistado por Agnieszka Arnold cincuenta años después de la guerra, conservaba también un buen recuerdo de las relaciones de vecindad entre polacos y judíos: «Aquí no había grandes diferencias de opinión ni de ningún otro tipo, pues en el pueblo se llevaban bien con los polacos. Dependían unos de otros. Todo el mundo se conocía por el nombre de pila, Janek, Icek... La vida aquí era, diría yo, idílica».⁶

El contacto y la interacción entre los vecinos eran totales. Y aunque existiera una corriente oculta de prudencia y cautela —los judíos fueron conscientes en todo momento de la hostilidad latente alimentada por la población que los rodeaba, sobre todo en vista de que en el terreno político toda la zona apoyaba firmemente al Partido Nacional Democrático—,⁷ durante los años de entreguerras se evitó la confrontación abierta, y por fortuna fueron muy raras las situaciones que pudieran dar lugar a una peligrosa escalada de la violencia.

Naturalmente se produjeron una y otra vez ocasiones en las que los judíos se vieron particularmente expuestos a estallidos de antisemitismo. En el pasado remoto, cada vez que la nobleza rural celebraba periódicamente su asamblea territorial y se reunía en alguna localidad con un gran séquito de criados y acólitos, se habían producido alborotos, borracheras, y apaleamientos de los judíos de la zona. La Cuaresma, durante la cual los curas evocaban en sus sermones la imagen de los judíos como asesinos de Cristo, daba siempre ocasión para el estallido de la violencia antisemita. Y naturalmente en cualquier otro momento una circunstancia imprevista podía dar lugar a algún tipo de desgracia personal. En Jedwabne, por ejemplo, una judía fue asesinada en 1934, y a los pocos días, coincidiendo con un día de mercado en un pueblo vecino, un campesino murió a consecuencia de unos disparos. Empezó a correr entonces el rumor de que los judíos de Jedwabne se habían vengado de ese modo de los polacos. Jona Rothchild, la principal proveedora de las piezas de hierro necesarias para la reconstrucción de la iglesia local, escribe en el memorial publicado en honor de las víctimas de Jedwabne que la amenaza de pogromo

(que la gente había empezado a temer anticipadamente) se evitó cuando el rabino Białostocki visitó al cura del pueblo en compañía de la propia Rothchild.

El episodio se inscribe perfectamente en el marco de lo que era la vida de los judíos, caracterizada entre otras cosas por el conocimiento de antemano de las amenazas de pogromo (como ocurrió durante la segunda guerra mundial, cuando los habitantes de los guetos supieron casi siempre con antelación el comienzo de la *Aktion*). Los judíos daban por sentado que en tales circunstancias tenían que ganarse la benevolencia de las autoridades seculares y religiosas con regalos que evitaran la realización de la amenaza inminente. De hecho se trataba de un impuesto más que los judíos estaban dispuestos a pagar por su protección, y las *kehillas* (las autoridades de la comunidad judía) habían mantenido durante siglos fondos especiales destinados a ese fin.⁸

Hasta que estalló la guerra, Jedwabne fue una aldea tranquila y la vida de los judíos del pueblo no era muy distinta de la de sus correligionarios de cualquier otra ciudad polaca. Si acaso, vivían mejor. La comunidad judía no se vio afectada por enfrentamientos significativos ni conflictos duraderos. Había unos cuantos *hasidim*, pero el liderazgo espiritual de la comunidad, según reconocía todo el mundo, recaía en la respetable persona de un rabino piadoso, Avigdor Białostocki. Pocos años antes de la guerra, fue nombrado un nuevo párroco en el pueblo, Marian Szumowski, simpatizante del partido nacionalista, pero hasta entonces el rabino Białostocki y el párroco de Jedwabne habían mantenido unas relaciones inmejorables.⁹ Además, por una feliz coincidencia, el jefe local de la policía era una persona decente y justa que

mantenía el orden público en la ciudad y perseguía a los alborotadores, independientemente de cuál fuera su filiación política o su origen étnico. Pero estalló la guerra.